



La Identidad Católica de la UC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

A 25 años de la
Constitución Apostólica
Ex corde ecclesiae



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

La Identidad Católica de la UC

*A 25 años de la
Constitución Apostólica
Ex corde ecclesiae*

Índice

Miembros de la comisión redactora de este documento

Francisca Alessandri C.
Patricio Bernedo P.
Cecilia Bralic E.
Francisco Claro H.
Juan Enrique Coeymans A.
Ricardo Couyoumdjian B.
Luis Flores H.
Erika Himmel K.
Bárbara Loeb L.
Pedro Morandé C.
Flavio Nervi O.
Marisol Peña T.
Rodrigo Polanco F.
Francisco Rosende R.
Juan de Dios Vial C.
Rafael Vicuña E.

Coordinación: José Luis Romero V.

Colaboración: Josefina Brahm S.

PRESENTACIÓN

Dr. Ignacio Sánchez D. 5

PRÓLOGO

Marisol Peña T. 7

I. NUESTRA UNIVERSIDAD CATÓLICA 9

II. LOS DESAFÍOS DEL PRESENTE 13

III. ¿QUÉ IMPLICA NUESTRA IDENTIDAD CATÓLICA HOY? 15

1. Elementos propios de una universidad 15

Integración del saber e interdisciplina 15

Sentido del saber 16

Ciencia y tecnología al servicio de la humanidad 17

Las artes y el cultivo de la belleza 18

Significado de la excelencia 19

El sentido de comunidad 20

2. Cumpliendo la misión de su fundación 21

Participación en la misión de la Iglesia 21

Mirada holística del mundo 21

Ética y trascendencia de la vida 22

Teología en la universidad 23

Diálogo fe-cultura 24

Diálogo fe-razón 25

Libertad académica 25

Servicio a la sociedad 26

Predilección por los más necesitados 27

Pastoral en la universidad 28

Diálogo interreligioso 29

Presentación

Querida comunidad universitaria:

LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE presenta a toda su comunidad este documento sobre “La Identidad Católica de la UC” a la luz de la constitución apostólica *Ex corde ecclesiae*, un trabajo que ha sido preparado por un grupo de nuestros académicos con el fin de ayudarnos a reflexionar sobre el mensaje que nos entregara Su Santidad el Papa Juan Pablo II hace ya más de un cuarto de siglo. Un mensaje que se ha convertido en la inspiración más fidedigna para cumplir con nuestra misión educadora y de búsqueda de la verdad, el que se mantiene más vigente que nunca, en momentos en que la formación de personas y la creación de nuevo conocimiento basadas en los valores cristianos se hace urgente y necesaria para ser testigos del Evangelio en el mundo de hoy.

Junto con agradecer a Pastoral UC y a los miembros de la comisión redactora que dieron vida a este documento, queremos que ustedes lo reciban con el corazón abierto y lo hagan suyo en la práctica diaria de la educación, la investigación y el compromiso con la sociedad. Con ello, queremos fortalecer nuestra identidad católica que nos distingue como Universidad nacida de la Iglesia con la misión de servir a la sociedad, inspirados en la palabra del Evangelio y en el mensaje de nuestros pastores.

En la Universidad Católica nos hemos comprometido desde su fundación con un proyecto educativo con inspiración y sentido cristiano orientado a ser un aporte a la cultura. Creamos nuevo conocimiento a la luz de la fe y aspiramos a formar personas íntegras, ciudadanos comprometidos con la búsqueda de la verdad, el desarrollo del país, con mirada de bien común y vocación pública.

En *Ex corde ecclesiae*, San Juan Pablo II hizo un llamado urgente y necesario a quienes hemos asumido la gran misión de la enseñanza superior católica para evangelizar la cultura. Esa misión es un compromiso que se ha iluminado con la palabra del Santo Pontífice que nos urge a proclamar el sentido de la verdad desde nuestras aulas: valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre.

La inspiración cristiana de nuestra universidad nos plantea la obligación de valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva global del ser humano. De esta forma, las universidades católicas debemos tener una continua renovación, tanto por el hecho de ser universidad como por el hecho de ser católica. Debemos hacer realidad el deseo de *Ex corde ecclesiae* de que la universidad sea una instancia para aprender a razonar con rigor con el fin de obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad.

Los invito a detenerse en cada uno de los temas que aquí se tratan y redescubrir los fundamentos de nuestra identidad católica para enfrentar los desafíos del presente desde un diálogo fructífero entre fe y razón.

Ignacio Sánchez Díaz
RECTOR

Prólogo

EL DOCUMENTO DE TRABAJO ADJUNTO constituye el producto de las reuniones y reflexiones desarrolladas por un grupo de académicos de la Universidad, convocados especialmente por el rector Ignacio Sánchez, con el objeto de elaborar un documento sobre “Identidad católica de la universidad” que, con motivo de la celebración del 25º Aniversario de la Constitución Apostólica *Ex corde ecclesiae*, ayudara a la comunidad de la Pontificia Universidad Católica a reflexionar sobre el tema y constituyera, a su vez, un aporte en la materia para la Santa Sede.

La comisión “Identidad católica de la universidad” se constituyó, formalmente, el día 3 de junio de 2015, y se reunió periódicamente con el fin de abordar el cometido confiado por el rector. Desde un comienzo, y consciente de que sus reflexiones se insertaban en el 25º Aniversario de la Constitución Apostólica *Ex corde ecclesiae*, verdadera guía de acción para las universidades católicas, que nos legara San Juan Pablo II en el año 1990, la definición metodológica esencial de la comisión fue estructurar un documento de trabajo compuesto de tres partes esenciales: 1) Una constatación de lo que implica ser una universidad católica que, por una parte, comparte todos los atributos y exigencias aplicables a otras universidades, pero que tiene la particularidad de haber nacido del corazón de la Iglesia compartiendo su labor evangelizadora al servicio de la persona y de la sociedad en general; 2) Un diagnóstico de los desafíos que enfrenta una universidad católica como la nuestra a 25 años de conocerse la Constitución Apostólica *Ex corde ecclesiae*, teniendo especialmente en cuenta las diversas tensiones que hoy enfrenta la búsqueda y comunicación de la verdad en un mundo en que se han abierto grandes dilemas para el futuro de la vida humana y para la misma integración del saber que busca encontrar el sentido y significado de aquella; y 3) Un intento de respuesta a esos diversos desafíos, pero desde la perspectiva específica de aquellos elementos que, desde que naciera a la vida, han marcado el sentido de misión de las universidades católicas y, en particular, la identidad de aquella a la que todos nosotros pertenecemos.

En el intento de búsqueda de respuestas y aproximaciones, que se contiene en la tercera parte del documento que hoy damos a conocer, se han volcado no solo las lecciones de la vida académica que cada uno de los miembros de la comisión hemos desarrollado por largo tiempo en la universidad. Hemos recibido el aporte generoso y desinteresado de las opiniones del presidente y de la consejera superior de la FEUC 2015, de profesores no creyentes y que cultivan otras creencias religiosas distintas de la fe católica, pero cuyo amor y compromiso por la universidad, quedó claramente de manifiesto. Y, por cierto, representantes de dos sindicatos de nuestra Universidad nos mostraron la interesante visión que ellos representan respecto de los funcionarios que agrupan. No podemos olvidar la ilustrativa charla de profesores de la Escuela de Psicología sobre el tema de la identidad en el mundo de hoy junto a las oraciones y el apoyo siempre constante del Vice Gran Canciller de la Universidad, pbro. Cristián Roncagliolo.

Este documento se une a otros trabajos que, con ocasión del mismo 25° aniversario de *Ex corde ecclesiae* han emprendido distintos académicos de nuestra casa de estudios y la misma Santa Sede, según nos refiriera el Secretario de la Congregación para la Educación Católica, Monseñor Angelo Zani, en reunión celebrada especialmente con nuestra comisión.

A nombre de la comisión integrada por los profesores Francisca Alessandri, Patricio Bernedo, Cecilia Bralic, Francisco Claro, Juan Enrique Coeymans, Ricardo Couyoumdjian, Luis Flores, Erika Himmel, Bárbara Loeb, Pedro Morandé, Flavio Nervi, padre Rodrigo Polanco, Francisco Rosende, Juan de Dios Vial Correa y Rafael Vicuña, nuestro más sincero agradecimiento al señor rector por esta oportunidad maravillosa que nos ha brindado de ayudar a pensar en lo que nos identifica para fortalecernos en los desafíos que nuestra universidad habrá de enfrentar. Confiamos en que el producto de nuestras reflexiones contribuya a iluminar al resto de la comunidad universitaria de la que formamos parte, haciendo realidad la tarea que San Juan Pablo II nos legara hace 25 años.

Un reconocimiento especial merece toda la labor ejecutiva realizada por José Luis Romero, director de académicos de la Pastoral UC, sin cuyo apoyo difícilmente este documento habría cobrado vida.

Marisol Peña Torres
PROFESORA TITULAR
FACULTAD DE DERECHO
PRESIDENTA COMISIÓN DE IDENTIDAD
25 AÑOS EX CORDE ECCLESIAE

I. NUESTRA UNIVERSIDAD CATÓLICA

NUESTRA UNIVERSIDAD CATÓLICA HA NACIDO del corazón de la Iglesia, y se caracteriza por ser una comunidad que, en ejercicio de la libertad de enseñanza y de modo riguroso, racional y crítico, contribuye a la expansión y difusión del conocimiento universal y particular de cada disciplina, así como a la formación científica y profesional, a través de estudios de pregrado, postítulo y postgrado. Lo hace a partir del respeto y promoción de la dignidad humana y de la herencia cultural cristiana mediante la investigación, la enseñanza, la extensión y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales internacionales. Para ello tiene en cuenta tanto los imperativos del presente como los desafíos del futuro.

Al mismo tiempo, participa de la obra evangelizadora de la Iglesia Católica proyectando los valores cristianos en la sociedad y dando testimonio, a través de cada una de las actividades que emprende, de la fe, de la visión occidental cristiana del hombre y la sociedad y de los principios que la animan. Desde esa perspectiva fomenta el diálogo entre fe y razón, así como entre fe y cultura. Estos elementos que caracterizan la esencia de nuestra universidad son los que le imprimen su proyección institucional, pues, en lo fundamental, se mantienen a través del tiempo, impulsando y desarrollando la educación superior abierta a la sociedad y favoreciendo el perfeccionamiento de sus propios académicos como de sus funcionarios profesionales, administrativos y auxiliares.

Puesto que el objetivo de toda universidad católica es el de garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura, nuestra Universidad posee las siguientes *características esenciales*:

Una inspiración cristiana compartida por la comunidad universitaria, la que supone una comunión y una responsabilidad en torno a la valoración de la persona –como ser esencialmente libre, digno y trascendente– y a la necesidad de contribuir a su pleno desarrollo mediante el cultivo del conocimiento y del espíritu de servicio que

refuerza nuestro compromiso con la sociedad en que estamos insertos. En este sentido, asume que la auténtica cultura es “humana”. Su identidad propia la lleva a proclamar valores como la caridad, la solidaridad, la misericordia y el amor a la obra bien hecha practicándolos, además, al interior de la comunidad universitaria y en la propia vida personal de cada uno de sus integrantes.

Una reflexión continua a la luz del Evangelio, sobre el creciente tesoro del conocimiento humano, al que trata de ofrecer una contribución con sus propias investigaciones desde la perspectiva de la integración del saber, apreciando, al mismo tiempo, la sabiduría y mirada de la verdad de quienes no comparten la fe católica. Plantea, por lo mismo, su compromiso con el saber como expresión de una vocación, cuyo descubrimiento se asocia al goce de acercarse a la verdad y a la necesidad de comunicarla a los demás.

La fidelidad al mensaje cristiano tal y como es presentado por la Iglesia; el esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo que le imprime trascendencia a la vida humana. Está consciente, por ende, de la responsabilidad de contribuir a la búsqueda del bien común de la sociedad en que se desenvuelve, particularmente respecto de quienes se encuentran más necesitados en todo sentido. Esta misión la cumple desde la perspectiva del bien y del desarrollo de la persona y de la comunidad humana, así como desde la evangelización valorando, muy especialmente, la labor de extensión y los criterios de investigación y docencia en torno a los grandes debates actuales desde una perspectiva interdisciplinaria.

Como comunidad humana, animada por el espíritu de Cristo y por el deseo de enseñar un conocimiento universal, nuestra universidad deriva su fuente de unidad de su común consagración a la búsqueda, descubrimiento y comunicación de la verdad, así como de una visión compartida de la dignidad y de la trascendencia del ser humano. Para ello, tiene especialmente en cuenta el ejemplo de la persona y del mensaje de Cristo que sirve de inspiración para su misión testimonial en el mundo. De ello se deriva que nuestra comunidad universitaria esté animada por un espíritu de libertad y de caridad, por el respeto recíproco entre las generaciones y miembros que la componen, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno. Se trata, en definitiva, de un *mandato de encarnación* para asegurar la presencia cristiana en el mundo. El catolicismo “vive” en el corazón de nuestra universidad y “se vive” por cada uno de sus miembros, ya sea en la profesión explícita de la fe como por compartir los valores en que ella se traduce.

Con miras al objetivo de buscar la verdad, nuestra universidad explora las riquezas de la Revelación al mismo tiempo que aquellas que provienen de la naturaleza y la comunidad humana. De allí que las ciencias y tecnologías, las humanidades y las artes aportan significativamente a su misión. Las primeras, porque contribuyen a la mejor comprensión de la naturaleza y, dentro de ella, de la vida humana. Las segundas, porque permiten recrear la mirada hacia todo aquello que nos diferencia del resto de los seres

vivos como criaturas racionales, trascendentes y sociables; y las últimas, porque permiten la expresión de lo más auténticamente espiritual del ser humano dimensionando la riqueza de su propia identidad. La belleza de la realidad se complace en ocultarse y son los artistas los que la develan mediante el acto creativo. Hay, en las dimensiones de las ciencias y tecnologías, de las humanidades y de las artes, un particular aporte de la universidad al develar lo que estaba oculto o en penumbras para proyectar en toda su plenitud la grandeza del espíritu humano.

El 25° Aniversario de la Constitución Apostólica *Ex corde ecclesiae* nos brinda una oportunidad propicia para acoger el llamado de San Juan Pablo II a renovar nuestra universidad a la luz de los desafíos que derivan de la cultura de nuestro tiempo como también de una autorreflexión sobre la manera en que, como institución y como comunidad, estamos cumpliendo nuestra misión de buscar, descubrir y comunicar la verdad mediante el cultivo del saber y de la difusión del conocimiento universal y particular de cada disciplina. Nuestra renovación supone acoger y seguir los Principios de la Carta Magna de las Universidades de Bolonia, en cuanto la docencia es inescindible de la investigación, proclamando el sentido de la verdad de acuerdo a los valores que se desprenden del Evangelio, del Magisterio y de la Doctrina Social de la Iglesia en una perspectiva necesariamente holística. Solo a partir de la búsqueda de la verdad puede conciliarse un proyecto universitario orientado a la calidad moral y cultural con los objetivos que impone una formación y una investigación disciplinaria de excelencia.

II. LOS DESAFÍOS DEL PRESENTE

CHILE Y NUESTRA PROPIA UNIVERSIDAD se encuentran situados en el corazón de una cultura crecientemente globalizada. La globalización ha sido posible por la generalización de los sistemas funcionales de la sociedad y encuentra su expresión primigenia y más patente en el sistema financiero. Por un lado, la globalización acerca al mundo, lo que abre un campo propicio para la integración del saber a que nos llama nuestra esencia de universidad católica. Pero, por otro, genera conciencia sobre las particularidades y acarrea grandes interrogantes que tienden a producir falta de certezas.

En este escenario cabe preguntarse si la fe, la búsqueda de la verdad, la cultura y el diálogo intergeneracional pueden reducirse a la comunicación funcional e inmediata o necesitan, también, de una vida consagrada a los grandes valores que marcan una actitud de servicio a la persona y su trascendencia. Se trata, entonces, de propiciar el encuentro con el sentido y significado de la vida humana para enfrentar un proceso que, recientemente, S.S. el Papa Francisco ha caracterizado como el de la “globalización de la indiferencia”. En ese proceso, la fe nos entrega el saber de la inteligencia o “la luz” para comprender y enfrentar las complejidades y contradicciones del mundo en que hoy vivimos.

La creciente especialización –o fragmentación– del saber que hoy se aprecia en el mundo puede conspirar contra una respuesta integral a las grandes preguntas que despierta la búsqueda del sentido y significado de la vida humana, fomentando la autosuficiencia de cada disciplina. Al mismo tiempo, puede aumentar la fragmentación de la propia persona. Para ser comprendida en toda su potencialidad, cada disciplina ha de estar en relación con el todo de la realidad, lo que hace imperativo rescatar la unidad del saber. Como el saber siempre se puede perfeccionar, cobra más vigencia que nunca la necesidad de pensar en nuevos centros interdisciplinarios para ahondar en el diálogo entre las distintas expresiones del saber con el fin de enriquecerse mutuamente. Dicha interdisciplinariedad, apoyada básicamente en la filosofía y en la teología, profundiza los fundamentos al interior de la realidad fomentando en los académicos y en los estudiantes un deseo incesante de progreso intelectual que, en el caso de estos últimos, debe proyectarse a través de toda su vida universitaria.

Otra de las expresiones del diálogo que cobra particular importancia frente a la naturaleza y velocidad de los cambios que vivimos es el diálogo intergeneracional en un sentido horizontal más que vertical. Son los alumnos los que alimentan la profundización incesante del conocimiento universal por parte de sus profesores. Estos, asimismo, se enriquecen con las nuevas ideas aportadas por las jóvenes generaciones, pero las contrastan y unen con los debates que instalaron, en la universidad y en la sociedad, los grandes maestros, cuya experiencia y dedicación son un capital de constante aliciente. La riqueza y profundidad de este diálogo resultan decisivas para hacer de nuestra universidad el ambiente “estimulante” con que cada uno de sus miembros se identifica, al que están llamados a contribuir de igual manera los exalumnos.

Como una de las características de la globalización es la extrema competitividad, nuestra universidad se enfrenta al permanente desafío de medir su excelencia exclusivamente sobre la base de la maximización de resultados. Esa visión –como único horizonte de la misión de la Universidad– genera el riesgo de disminuir su compromiso con la “humanización” de la persona y con el desarrollo ético de la sociedad que la cobija, tal y como nos planteó *Ex corde ecclesiae* (Nº 7). En el campo de la investigación, el acceso a las fuentes de financiamiento se ha transformado en un problema crucial al punto que puede hacer privilegiar los aspectos meramente pragmáticos frente a aquellos que se asocian a la identidad y misión de nuestra universidad. Vivimos en un mundo donde los conocimientos parecen superar frecuentemente a la ética, lo que lleva a revisar esa tensión en el espíritu planteado por San Juan Pablo II.

Frente al escenario en que hoy nos desenvolvemos tampoco podemos olvidar las grandes necesidades que claman por una atención y respuesta urgentes y que nos deben llevar a volcar la mirada, con especial dedicación, a los más necesitados de la sociedad, los pobres, los adultos mayores, los niños y a quienes experimentan dolor y exclusión, sintiéndose marginados de la sociedad. Se trata de los “invisibles” que no parecen formar parte de las prioridades de quienes toman las decisiones y articulan la agenda pública y para los cuales nuestra universidad –como institución católica animada por el amor al prójimo y por el valor de la solidaridad– sí puede y debe buscar, como imperativo de su identidad, una respuesta.

La cultura globalizada de nuestros días también ha revalorizado el papel de los medios de comunicación social. Ellos no son solo transmisores de los acontecimientos de la vida cotidiana sino que influyen profundamente en la formación de hábitos, actitudes y puntos de vista, en suma, en el devenir de la propia cultura. De allí que el diálogo entre razón y cultura, que nuestra universidad debe fomentar, supone la renovación de su presencia en la sociedad, así como el involucramiento y compromiso a través de todos los medios de comunicación social, a fin de hacer de ellos otra vía propicia de su misión de difundir y valorar el sentido de humanidad del mensaje cristiano, con mayor razón de cara a los cuestionamientos valóricos que hoy inundan el debate comunicacional.

III.

¿QUÉ IMPLICA NUESTRA IDENTIDAD CATÓLICA HOY?

LA REFLEXIÓN SOBRE LOS 25 AÑOS transcurridos desde que S.S. Juan Pablo II nos entregara la Constitución Apostólica *Ex corde ecclesiae*, sobre todo a la luz de las características del escenario en que se hoy se desenvuelve nuestra universidad, nos lleva a sugerir una reflexión sobre diversos aspectos que persiguen renovar y fortalecer nuestra identidad de universidad católica. Partimos de la base que la identidad y misión son dos elementos fundamentales vinculados a su ser y actuar institucional.

1. Elementos propios de una universidad

INTEGRACIÓN DEL SABER E INTERDISCIPLINA

La integración del saber ha sido uno de los objetivos permanentes de la UC. No obstante las dificultades que ello implica, de manera importante por la creciente especialización y metodologías presentes en las múltiples disciplinas que aquí se cultivan, se ha de perseverar en su prosecución. Por una parte, hemos de continuar generando una institucionalidad y los incentivos que favorezcan la interdisciplina, especialmente entre los profesores jóvenes y los estudiantes. Por la otra, corresponde a cada profesor asumir este desafío transformándose en un verdadero testigo de la realidad trascendente del ser humano a la luz del Evangelio, y también en un actor central de la interacción intergeneracional entre académicos y sus alumnos.

Se trata de avanzar en la generación de una atmósfera propicia para abordar interdisciplinariamente diversos problemas y desafíos –como los descritos en el capítulo II de este documento– a la luz del Evangelio y también de los aportes académicos de quienes no comparten la fe católica. En efecto, la mirada de la realidad tiene diferentes perspectivas y enfoques. Así, mientras algunas se dirigen a estudiar el

comportamiento de la naturaleza, la energía, el espacio, etc., otras focalizan su interés en el estudio de la sociedad y su funcionamiento. Además, en cada ámbito, el espacio para aprender es enorme y cada disciplina, que está enfocada a responder las grandes preguntas que emanan desde su correspondiente agenda, es de gran valor dentro del proyecto de la Universidad Católica.

Más aun, la recomendación de una mirada interdisciplinaria de la realidad, que emana de *Ex corde ecclesiae*, mantiene todo su valor y vigencia en la realidad que le toca vivir a la humanidad en los inicios del siglo XXI. Así, el cambio tecnológico ha creado nuevas oportunidades de mejoramientos en la calidad de vida de la población, aunque al mismo tiempo ha provocado cambios relevantes en las estructuras demográficas, las necesidades de salud y educación, entre otros. El mismo cambio tecnológico ha dado espacio a una nueva realidad en muchos países, donde las redes sociales han pasado a constituir un poder *de facto* en la evaluación y diseño de las políticas públicas.

Por consiguiente, el ejercicio de conocer la realidad que supone la vida universitaria no puede ser desarrollado en forma aislada desde cada disciplina, sino que exige un esfuerzo mancomunado y riguroso de todas. Para una universidad católica como la nuestra, ello supone un esfuerzo especial en el aprendizaje, unido a una reevaluación de los métodos en que éste se sustenta, a la vez que una estrategia de trabajo donde la ética de respeto a las personas es esencial.

SENTIDO DEL SABER

En la investigación y en la transmisión del conocimiento, nuestra universidad colabora con la sociedad aportando al avance de las ciencias, lo cual dignifica de por sí al hombre al comprender mejor el mundo y su significado.

Como toda universidad, la Universidad Católica busca la verdad en todas las áreas del saber a través de la investigación y la docencia y por esa vía intenta aportar de manera significativa a la sociedad. En efecto, la creación de conocimiento y su difusión son condiciones imprescindibles para el progreso de los países, donde las universidades deben realizar un aporte esencial. Asimismo hemos de colaborar en la búsqueda de una mejor comprensión del mundo y su significado, y en la proclamación del sentido de la verdad de acuerdo al Evangelio, al Magisterio y a la Doctrina Social de la Iglesia (ECE, N°13). La comunidad UC, en la búsqueda del bien y la belleza a través de la ciencia, la técnica, las humanidades y las artes, contribuye a la búsqueda y encuentro con Dios como expresión del diálogo entre fe y razón. La catolicidad de la comunidad UC se expresa también en una preocupación ética por los problemas y exigencias que plantea nuestro tiempo. Este sentido de trascendencia en el desarrollo de la vida académica que debe caracterizar a toda universidad católica lleva a que la misma sociedad infunda este sentido ético al propio progreso y a cada actividad, como un camino para acercarse a Dios.

CIENCIA Y TECNOLOGÍA AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD

En la búsqueda de la verdad, que, como se ha expresado, define la esencia de la vocación de la Universidad Católica, la ciencia se encuentra con la Iglesia. Esta afirmación, que parte de raíces históricas conocidas (Copérnico, Marconi, Mendel y Pascal), se afirma sobre el reconocimiento, por parte de la Iglesia, de que la ciencia tiene la capacidad de alcanzar la verdad y, en esta búsqueda, ella defiende su libertad frente a cualquier manipulación que obstaculice el despliegue del coraje de mantenerla dentro de la ley moral. Como nos dijo San Juan Pablo II, nuestra época tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la dignidad humana, la libertad y la justicia.

Fides et ratio, por su parte, recordó, con singular claridad, que la ciencia, siendo seductora y fascinante, por sí sola no explica la totalidad de la verdad ni ofrece la felicidad, ya que la realidad y la verdad trascienden lo fáctico y lo empírico. Más allá de lo visible y de lo sensible está el mundo de la mente y de los valores espirituales y morales y, más aún, el orden de la caridad que nos une con Dios. El hombre enfrenta, por tanto, un gran desafío: el de saber realizar el paso del fenómeno al fundamento apelando a la comprensión que solo puede lograr la criatura racional.

El científico está llamado, entonces, a tener una visión amplia del mundo, abriéndose hacia lo universal –incluso hacia lo Absoluto–, aunque la ciencia sea incapaz por sí misma –desvinculada de la fe y de las creencias espirituales– de entregar el significado. De allí que, entre las principales virtudes que debe cultivar todo científico se encuentren su objetividad, su humildad y su honestidad intelectual acompañadas siempre por la sabiduría que pertenece al legado espiritual permanente de la humanidad. Por ello es que el científico está especialmente llamado a buscar la proyección metafísica y moral de la verdad, la que será determinante para el buen uso de los nuevos conocimientos, especialmente cuando se trata de los grandes temas que interpelan a todo el género humano (preservación de la paz, uso de la energía nuclear, ingeniería genética y otros). En ello no puede verse un conflicto ético cuando el rigor científico se muestra compatible con los criterios morales derivados del respeto a la dignidad sustancial de toda persona, de su libertad, del futuro de la familia humana y el cuidado integral de la “casa común” a que nos ha llamado el Papa Francisco.

Por su parte, la ciencia y la tecnología colaboran con la “humanización” de la cultura, es decir, de aquella que fomenta el cultivo de los bienes y valores de la naturaleza como el desarrollo de las capacidades del cuerpo y del alma. Todas las ciencias, esto es tanto las naturales y exactas como las humanísticas y religiosas –y, por cierto, los nuevos descubrimientos tecnológicos–, cumplen un rol fundamental en dicho desarrollo. Una cultura verdadera, concebida con humanismo y sabiduría, crea una fuerte necesidad de integrar el conocimiento después de la aproximación reduccionista que inevitablemente debe adoptarse en el proceso de investigación científica.

En suma, la forma en que se cultivan las ciencias y la tecnología en una universidad católica no se diferencia formalmente de la manera en que se efectúa en otras instituciones de educación superior, salvo porque en nuestro entorno existe el explícito compromiso de tener siempre presentes las implicaciones éticas y culturales que de dicho desarrollo pueden desprenderse para la sociedad.

LAS ARTES Y EL CULTIVO DE LA BELLEZA

San Juan Pablo II construye la *Ex corde ecclesiae* con un argumento histórico, recordando que en un sentido originario la universidad es inseparable del corazón de la Iglesia (N°1). La incorporación creciente de las artes a la vida académica durante el siglo XX y, en particular a las universidades católicas, las posiciona junto a los demás saberes, ante el desafío de desarrollar un conocimiento –práctico y teórico– donde la comunidad académica se desarrolle investigando y custodiando el sentido de *realidad* de la existencia humana que está en la base sapiencial de toda cultura, de tal manera que las nuevas generaciones de estudiantes se descubran interpeladas a imaginar desde allí las posibilidades más radicales para la vida en común.

Para nuestra Facultad de Artes este desafío significa, entre otras cosas, enfrentar la compleja tarea de armonizar una formación artística de calidad, con la recuperación de la *relacionalidad* originaria de las artes, de tal manera que ellas se reposicionen como un saber comunitario, en el sentido de dejarse interrogar críticamente por los problemas concretos de las personas y sus comunidades, enfrentadas al problema de valorar la convivencia en nuestra sociedad de la información, globalizada e intercultural.

Ante el riesgo creciente de privilegiar en las artes contemporáneas el desarrollo, o de un “arte por el arte” donde el academicismo aprisiona la creación artística en un lenguaje de expertos, o de una creación artística subordinada a los criterios del mercado y los medios de comunicación que impone la industria cultural, tiene sentido volver a pensar la vinculación de las artes con la belleza en el contexto de nuestra sociedad de la información. Pero ya no desde una concepción estetizante sino teniendo ahora como horizonte este drama cotidiano que ha quedado abierto, de la configuración de la vida en común, de la transformación del mundo en una morada digna de ser custodiada como un bien común por las nuevas generaciones.

Es el desafío de redescubrir la belleza como camino por el que los artistas pueden acercarse a las personas comunes y corrientes a la verdad, como una experiencia donde el saber especializado y la sabiduría del sentido común vienen a reencontrarse. Resuena aquí el llamado reciente del Papa Francisco a avanzar también desde las artes, hacia un conocimiento que garantice una “ecología cultural” y no solo “ambiental, económica y social” apoyados en una espiritualidad capaz de “alimentar una pasión por el cuidado del mundo” (*Laudato si'*, N°216, 2015).

SIGNIFICADO DE LA EXCELENCIA

El sentido de excelencia en la Universidad Católica se expresa en los principios que la orientan (Declaración de Principios de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1979) y en la misión que cumple (Estatutos Generales de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984, y Plan de Desarrollo 2010-2015). Lo hace a través de las actividades que le son propias: la investigación y la creación artística buscando la verdad y la belleza irradiadas por los valores del Evangelio; la formación integral de personas potenciándolas en sus dimensiones ética, espiritual, cognitiva, estética, afectiva y social; y por medio del servicio a la comunidad, haciendo suyos los problemas para proponer soluciones que vayan en beneficio de la comunidad interna y externa.

La búsqueda de la excelencia es propia de toda universidad y, por cierto, de la UC. Interpela a todos los miembros de la comunidad universitaria, cualquiera sea la función que cumplan. De este modo, la investigación debe ser rigurosa en la búsqueda de la verdad y en diálogo con las tradiciones intelectuales cristianas, propias de la comunidad católica en la Universidad, como de las personas de otros credos o de ninguno, que participen en esta tarea. Por otra parte, la formación de personas debe incluir el desarrollo de la pasión por aprender y la confianza de continuar aprendiendo, como asimismo, la necesidad de la adquisición de competencias investigativas y de reflexión, informada por la Doctrina Social de la Iglesia, junto con el análisis interdisciplinario para enfrentar los retos planteados en los tiempos actuales y futuros. A la vez, la Universidad se compromete a proporcionar la oportunidad a su comunidad para hacer realidad el servicio al prójimo y entregar un testimonio de fe a través de su quehacer.

La Universidad Católica también hace suyo el valor de la diversidad humana –en toda su riqueza– y de las culturas del mundo. Así, se hace cargo del deber de respetar y suscribir la dignidad individual de todas las personas, y atender a “múltiples perspectivas, creencias y tradiciones respecto a lo que es verdadero, bello y bueno”, como se ha sostenido desde la doctrina. Esto comporta no solo que la Universidad acoja la diversidad, sino que la incluya y apoye activamente de modo que cada miembro pueda llegar a cumplir su vocación y sentido de trascendencia en un proceso de acompañamiento que dé testimonio de la identidad que la anima.

Otra nota de la excelencia que valoramos al interior de nuestra Universidad es la responsabilidad social, entendida como una “toma de conciencia” de sí misma y de su papel en el medio en el que se desenvuelve. Esta toma de conciencia es global, pues involucra a todas las personas y al medioambiente, en lo que el Papa Francisco ha designado como “ecología integral”. Las formas de contribuir incesantemente a fortalecer la responsabilidad social, desde nuestra Universidad, deben ser materia de continua reflexión y renovados desafíos.

Siendo que la universidad la conforman personas y que la excelencia es la “superior calidad o bondad que hace digno de singular aprecio y estimación algo”, la excelencia universitaria debiera reflejarse tanto en evaluaciones externas de calidad, como en el desarrollo y el crecimiento espiritual y personal que la institución permite a sus miembros.

La excelencia no se manifiesta solo en la calidad que debe imprimirse al quehacer y las condiciones personales destacables, sino que también debe traducirse en la entrega. En el caso de los académicos, esta se convierte en la capacidad de mediar en la construcción de conocimientos y valores en sus alumnos, en una actitud de auténtico testigo y maestro.

El sentimiento de comunidad que anima a toda universidad católica, la capacidad de cada uno de sus miembros de actuar con valores impregnados por el respeto a la persona, ha de manifestarse también frente a la necesidad de tomar medidas que, en búsqueda del bien común, pueden afectar a miembros particulares de la comunidad. Estas medidas, muchas veces inevitables, deben adoptarse respetando la dignidad y sensibilidad de las personas afectadas, sean ellos profesores, estudiantes o funcionarios.

Cada miembro de la comunidad debiera estar animado por el propósito de hacer su trabajo en la mejor forma posible, entendiendo ese trabajo como una forma de servicio tanto a la comunidad universitaria como a la sociedad toda. El trabajo tiene una dimensión humana que trasciende del provecho que del mismo resulta. El ritmo exacerbado del trabajo universitario y un concepto de éxito vinculado al triunfo personal tensiona el equilibrio entre las miradas acerca de la excelencia explicadas más arriba, minimizando el desarrollo de las personas frente a las metas impuestas por los indicadores cuantitativos.

Así, la investigación, la docencia y el servicio a la sociedad, iluminados por la fe, configuran el andamio de una universidad católica sobre el cual se apoya su misión, y en el cual funda su excelencia.

EL SENTIDO DE COMUNIDAD

La convivencia al interior de la Universidad Católica se basa en el respeto a la dignidad de cada uno de sus integrantes y en el sentido trascendente del trabajo humano, entendido como obra bien hecha y al servicio del prójimo. Aquí, el cuerpo de académicos es esencial, en tanto es el llamado, en primer lugar, a dar ejemplo de vida, de respeto a los demás (alumnos, colegas, administrativos) y de cultivo de las buenas maneras. Debemos empeñarnos en fortalecer la consejería o *mentorship* en el proceso formativo de los estudiantes y profesores más jóvenes, expuestos a los saberes y especialmente a los testimonios de las distintas generaciones de profesores. Ello solo será posible en la medida que en los procesos de selección y promoción del cuerpo académico se procure que las habilidades intelectuales y técnicas no sean el único elemento de discernimiento. Debemos incorporar elementos –que sin que impliquen un menoscabo de la excelencia académica– permitan añadir algún criterio relacionado con la contribución que pueden realizar los futuros profesores al desarrollo de un ambiente de comunidad académica, en un contexto de respeto a los principios de la fe católica, aún cuando no la profesen, pues el común denominador de nuestra comunidad universitaria será siempre el respeto a la persona y a sus atributos esenciales, lo que brinda espacios de acogida para todos aquellos que, de buena voluntad, se sienten llamados a desarrollar el mismo sentido de misión.

2. Cumpliendo la misión de su fundación

PARTICIPACIÓN EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Como la Universidad Católica nace de la misma Iglesia, siendo en su origen parte de ella, la Declaración de Principios de la UC aborda claramente su papel en la Iglesia (Capítulo I). Nuestra universidad fue “fundada por la Iglesia... como una de las variadas formas con que cumple su misión de anunciar el Evangelio a todos los hombres”. Este lazo es más fuerte por su carácter de Pontificia, lo que significa un vínculo más estrecho con la Santa Sede, cuyos mensajes, ya provengan del Sumo Pontífice o del Magisterio de la Iglesia, son difundidos al interior de la universidad para promover una adecuada reflexión sobre ellos.

La Iglesia reconoce que los avances en las ciencias y las tecnologías demandan respuestas de la Universidad Católica, que requieren de una perspectiva religiosa (ECE, 33). Así, la Universidad comparte la misión evangelizadora de la Iglesia, pero desde su propia naturaleza y quehacer, que son el fundamento de su autonomía institucional. Para cumplir esta tarea, la Universidad requiere “*de un efectivo respeto de su autonomía por parte de las autoridades de la Iglesia. Este respeto es condición para la vida misma de la Universidad como tal*”. De esta manera, la UC no es idéntica a la Iglesia y, por lo mismo, acoge en su interior a personas no creyentes, sin perjuicio que la comunidad, y particularmente los profesores, deban respetar sus valores y principios (ECE, II N°4). Con todo, y no obstante la inclusión de personas no creyentes, una Universidad Católica debe estar constituida mayoritariamente por profesores católicos y dirigida por estos.

Esta dimensión católica, derivada de su composición y de compartir la misión evangelizadora de la Iglesia, es constitutiva de su esencia; se entiende que la pérdida de este rasgo equivale a una pérdida de identidad.

La Iglesia es el pueblo de Dios que peregrina en este mundo, es decir, todos los bautizados “somos la Iglesia”. Así, la misión de la Iglesia es también nuestra misión, porque formamos parte de ella. La vinculación de la universidad con la Iglesia está constituida de manera íntima e indisoluble, y compete no solo a la institución como tal, sino a cada uno de sus miembros.

MIRADA HOLÍSTICA DEL MUNDO

Respecto a este punto, las palabras de S.S. Juan Pablo II en su discurso a los representantes del mundo de la cultura en nuestra universidad, el año 1987, provee luces. Claramente expresa que los intelectuales chilenos católicos deben realizar una labor de integración del trabajo científico que conduzca a un auténtico humanismo y, de este modo, entrega la responsabilidad a la UC de hacer un esfuerzo para construir y entregar a la sociedad una visión holística del mundo.

Este llamado apela a la universidad para tener como meta una humanización de su entorno, una evangelización de la cultura. El desarrollo del conocimiento, que en

épocas pasadas se efectuó en forma integrada, fue desagregándose paulatinamente en distintas disciplinas, llegando a una especialización extrema, que permitió crecimiento, pero ha traído consigo una visión parcial del mundo, con consecuencias nocivas, como el daño al medio ambiente, o la deshumanización. Una nueva reintegración del saber debiera tener como foco la persona y su entorno, al tiempo que debiera tender a fortalecer una verdadera “red” entre las universidades católicas del mundo.

La mirada holística, es decir integradora, es central en el diálogo entre fe y razón, así como también entre fe y cultura. Esta mirada se construye a partir de la investigación interdisciplinaria abordada por las diferentes áreas del conocimiento y la teología. El enfoque interdisciplinario permite alcanzar un significado más profundo del quehacer universitario y, a su vez, incentiva a la indagación teológica a iluminar problemas humanos contingentes.

La investigación a menudo se enfrenta a problemas complejos que ninguna ciencia, por sí sola, puede resolver, como por ejemplo la investigación genética; las definiciones relativas al inicio y final de la vida humana, la pobreza, los derechos humanos; la conservación del medio ambiente y la inteligencia artificial son problemas que deben ser indagados con una mirada holística que pueda insinuar vías de solución integrales a estos.

La integración de los saberes se entiende tanto en el sentido de la concurrencia de distintas disciplinas para avanzar en el conocimiento, como en la búsqueda de la verdad a través del diálogo entre razón y fe. El resultado debe ser una perspectiva integrada de la persona humana y del mundo, que se puede calificar de holística, católica, en el sentido de universal o total, precisamente por esta dimensión teológica. Empero, no todas las perspectivas que se dicen holísticas consideran al hombre como creatura de Dios y la relación entre ambos y, en consecuencia, no todas las visiones holísticas son católicas.

En una universidad, el hombre-futuro está representado por los estudiantes. A través de su formación, a través de nuestra capacidad de entregar una visión integrada, católica, del mundo, podemos ayudar a construir una nueva cultura.

ÉTICA Y TRASCENDENCIA DE LA VIDA

La constitución *Ex corde ecclesiae* señala que la universidad católica ha de vivir en un espíritu de “libertad y caridad” (Nº21). Esos valores, junto al gozo de buscar la verdad y su sentido, son básicos para lograr una visión ética, espiritual y trascendente de la vida humana y del mundo; y como comunidad formativa, deben inspirar la docencia en todas las facultades. Pero, sobre todo, deben encarnarse en la misma vida de la comunidad universitaria. Las personas se resienten cuando se les habla de valores que no se practican, que no están encarnados en quienes los anuncian y proponen. No se trata de una coherencia moralista entre el discurso y la vida, sino de una actitud agradecida frente al don recibido, tanto al don de la fe en Cristo y su Iglesia, como al don de la sabiduría recogida de todas las generaciones que nos han precedido en la búsqueda de la verdad y de su sentido.

El Papa Pablo VI decía que nuestra época necesitaba más testigos que maestros. En una comunidad universitaria, el desafío es unir indisolublemente ambos conceptos: maestros y testigos, con la apertura de la inteligencia y del corazón al deseo de saber. Nadie puede enseñar sin estar dispuesto a aprender. Por ello, damos un lugar tan protagónico a la comunidad universitaria, a profesores y estudiantes. La creatividad y la pasión por el saber no es patrimonio solo de los profesores. Son también los estudiantes con sus expectativas, con sus preguntas e inquietudes intelectuales, quienes despiertan en los profesores el deseo de enseñar y transmitir la sabiduría que han recibido y de ayudar a los estudiantes a desarrollar la madurez intelectual necesaria para entender su propia vocación humana y encaminarse hacia el destino trascendente y eterno al que han sido llamados. Es la actitud de los profesores hacia sus estudiantes –más formativa que su discurso especializado– unida a su honestidad en el preguntar y responder, su respeto a los talentos que los estudiantes les han confiado, su paciencia para considerar que la maduración intelectual requiere un tiempo variable en cada persona, lo que conforma el núcleo ético de la universidad.

No podría transmitirse un espíritu de “libertad y caridad” a las generaciones nuevas sin la calidad humana del testimonio de quienes han recibido el encargo de hacerlo, cualquiera sea la disciplina que se enseñe. Pero para ello, es indispensable que los propios maestros tomen en serio su vocación trascendente. La actitud esencial para educar es pensar en el designio con que el Creador dio vida a su creatura. La vida se recibe como un don que pertenece a quien nos puso en la existencia y nos mantiene en ella. Cualquiera otra actitud sería presuntuosa y arrogante, y no sería capaz de despertar en los demás el deseo de saber ni el perfeccionamiento de su persona. En este sentido es que podemos decir que nuestra universidad es portadora de valores espirituales. No porque se desprecie la corporalidad, sino porque se recibe agradecidamente el don de la existencia y se busca mantenerla y perfeccionarla en la totalidad de los factores que ella involucra. La ética no es otra cosa que ser capaz de mirar con honestidad el rostro del otro, para descubrir en él la vida, la inteligencia y la vocación con la que fue puesto en la existencia. La experiencia de la vida universitaria muestra que la educación es una inmejorable oportunidad para lograrlo.

TEOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD

La Teología ha sido históricamente una ciencia inherente al quehacer universitario, y lo es también en la UC, ya que la reflexión crítica de la propia fe es parte de la identidad católica. La Facultad de Teología tiene un papel destacado, en su íntima relación con la Facultad de Filosofía, en el desarrollo de la reflexión sobre la fe cristiana, como parte de su tarea como facultad. Aquí se juega un especial concepto de interdisciplina, que no es el mismo que entre Biología y Química, que desafía a los investigadores respectivos. La Teología amplía horizontes al filósofo. La Filosofía entrega herramientas conceptuales y argumentativas al teólogo para que éste depure su discurso. Con las otras disciplinas, la Teología tiene una tarea interdisciplinaria que ensancha el horizonte de las mismas, dándole a ésta un significado trascendente. A su vez, la Filosofía examina el sentido y los límites de las disciplinas mediante la epistemología.

La Teología inspira, desde su propia investigación, docencia y extensión la visión holística del mundo, el significado integral de la investigación y el sentido trascendente de la persona humana en la UC. La Teología colabora en el examen a fondo de la realidad, a partir de la integración del saber en la totalidad de la realidad y de Dios, pero también, de alguna manera, colabora con cada disciplina en un diálogo interdisciplinario. Apoya el diálogo entre la razón y la fe, al tiempo que está atenta y al servicio positivo de las implicaciones éticas y morales de cada disciplina. Es una fe que busca comprender y éste es un comprender para creer. La Teología ayuda en la búsqueda de significado y a que cada disciplina encuentre su lugar en el todo del saber.

La tarea de la Teología en la UC es más que simple reconocimiento y adhesión a las indicaciones magisteriales y la fidelidad institucional al mensaje cristiano. Es, además, atención a las preocupaciones de los fieles y a los desafíos del mundo, para aportar desde la propia disciplina y competencia a la búsqueda conjunta de la verdad y la integración del saber. Se espera en la Iglesia una capacidad proactiva de la Universidad en este sentido. Responder al desafío de evangelizar la cultura implica traducir los lenguajes de la cultura contemporánea para desde ahí, y buscando las semillas de verdad, suscitar una comprensión trascendente del significado de la existencia.

DIÁLOGO FE-CULTURA

La Universidad Católica es parte tanto de la Iglesia como de la sociedad, y sirve a ambas incidiendo en su desarrollo a través del examen crítico de la realidad y a través de la formación de personas. La naturaleza de estas tareas la sitúan en una posición de alta responsabilidad en la evangelización de la cultura. Solo si tales actividades se llevan a cabo con calidad y a la luz de la fe la institución estará cumpliendo con su carácter de católica.

La posibilidad de una presencia explícita de la inspiración cristiana en la reflexión sistemática se da en diverso grado en las diferentes áreas de indagación, siendo mayor evidentemente en la teología, la filosofía y las ciencias humanas, por sobre las ciencias naturales como la astronomía o la química. Sin embargo, la pregunta por la búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia interpela a todas las áreas del saber, haciéndose allí presente la existencia o ausencia de una visión trascendente y holística de la realidad. Su vigencia en la UC requiere de un esfuerzo deliberado, ya que la búsqueda de sentido no suele formar parte de las orientaciones y dinámicas académicas del mundo secular contemporáneo.

También en lo que se refiere a la formación de personas, la presencia de una perspectiva sobrenatural de la existencia marca el discurso y las actitudes del académico de nuestra universidad, llamado a ser maestro y testigo, transfiriendo valores al educando que orientarán su vida personal y profesional posterior con esta misma perspectiva. El sello valórico y la perspectiva sobrenatural que imprime una universidad católica en sus estudiantes no lo da un *currículum* sino el carácter, la visión y el ejemplo de cada uno de sus docentes, y es por ello que el acto de contratar académicos es quizás el más delicado de toda la gestión universitaria.

DIÁLOGO FE-RAZÓN

Como lo enfatizó S.S. Juan Pablo II (*Fides et ratio*), la verdad última no se alcanza sin la participación coherente y simultánea de la fe y la razón. El diálogo que surge entre ellas será fructífero al interior de la universidad si tiene lugar respetando las identidades y métodos de las diversas disciplinas. No se trata de una simple suma de saberes, porque éstos son de diferente orden epistemológico. No hacer esta distinción entre los ámbitos del conocimiento puede conducir a profundos errores de interpretación.

El diálogo fe-razón busca puntos de convergencia en la confianza de que no puede haber contradicción entre ellas, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios (*Gaudium et spes* N°36). Este diálogo encuentra un cauce natural en los denominados problemas límites de la ciencia, como son el origen del universo, el origen de la vida o el origen del hombre. O bien, en asuntos que al científico creyente le aparecen enigmáticos, como es conciliar el cumplimiento del plan de la creación con los eventos contingentes y azarosos que se dan de continuo en una naturaleza autónoma en permanente evolución.

Por lo demás, el don de la fe que la Universidad contribuye a difundir no solo ayuda a formarnos a nosotros mismos sino también a promover la unidad y la paz en nuestro entorno. Como expresaba Benedicto XVI, se trata de promover una “antropología integral y concreta”.

El diálogo tendrá lugar si en la institución hay una base de académicos que se sienta interpelada por la urgente necesidad de esta búsqueda. Las tareas cotidianas en la universidad contemporánea (docencia de pre y posgrado, investigación, gestión de proyectos y publicaciones, tareas de servicio, vinculaciones con el medio, etc.) muchas veces no dejan espacio para otras iniciativas o preocupaciones, de modo que los incentivos para que se integren en la investigación ambas dimensiones deben ser deliberados y explícitos. Se valora en este contexto el concurso especial al que convoca anualmente la Pastoral UC en conjunto con la Vicerrectoría de Investigación de la universidad, esperando que emerjan otras iniciativas como esta. Un tipo de organización que parecería particularmente adecuada para el diálogo fe-razón es el de un centro interdisciplinario creado con tal objetivo. Nuestra universidad, que cuenta con facultades de excelencia en todas las Ciencias Naturales, en Filosofía y en Teología, se encuentra trabajando en la estructuración de un centro de este tipo.

LIBERTAD ACADÉMICA

Nuestra comunidad universitaria se compone de personas que, como plantea *Ex corde ecclesiae* (N°26), pueden pertenecer a otras iglesias, comunidades eclesiales y religiones e, incluso, personas que no profesan ningún credo religioso. Ellas se unen a todos quienes profesan la fe católica en la triple tarea de buscar la verdad, descubrirla y comunicarla en todos los campos del conocimiento. El sentido de comunidad se afirma si esa triple tarea se cumple con rigurosidad, respeto recíproco, especialmente a los derechos de cada uno, y diálogo sincero.

Desde el punto de vista de los profesores, ellos participan de la libertad académica de la que goza la propia universidad, con base en su autonomía institucional, y que exige, de parte de las autoridades y de la sociedad en general, el respeto y consideración hacia su misión de colaboración en la misión evangelizadora de la Iglesia católica, ciertamente, en el marco del ordenamiento jurídico vigente y del principio de subsidiariedad que rige la relación entre las sociedades menores y la sociedad mayor que las cobija.

Al mismo tiempo, y en forma individual, los académicos de la Universidad Católica gozan de la libertad académica individual consistente en cultivar y enseñar sus propias disciplinas, desde la perspectiva de su especificidad, pero teniendo siempre como común denominador el respeto a la dignidad de la persona, desde que es concebida, a los derechos que le son inherentes y a la misión de la Iglesia católica de cuyo corazón ha nacido nuestra universidad. En ese sentido, la UC respeta los diversos y nuevos métodos y modalidades de enseñanza y de investigación en la medida que ellos propendan al reforzamiento de la dignidad humana –a la cual se unen los valores de la libertad y de la justicia–, para lo cual la forma que el Magisterio de la Iglesia va contribuyendo a develar los grandes misterios unidos al sentido de la vida humana y de su trascendencia es una orientación permanente y necesaria.

En este mismo orden de ideas, suscita preocupación el intento de estandarizar las secciones de los distintos cursos, más allá de compartir un programa común, pues ello sería anulatorio de la forma personal, única e irrepetible en que cada profesor se relaciona con sus alumnos y proyecta en ellos su propia vocación formativa, siempre en el marco valórico común que define nuestra pertenencia a esta casa de estudios.

La UC propende a una relación permanente y fecunda con sus egresados que continúan siendo testigos del mensaje de Cristo a partir de su propia experiencia dentro de ella. En ese sentido, celebra la incorporación de algunos de ellos a la tarea de ser educadores en la verdad en que está comprometida la universidad como un todo.

SERVICIO A LA SOCIEDAD

El servicio a la sociedad tiene su origen en el servicio a la verdad. Por ello, nuestra universidad tiene la misión, además de formar personas a través de la docencia y contribuir a la expansión del conocimiento por medio de la investigación, de ser un actor relevante en el desarrollo integral de la sociedad. Ello implica interactuar con los principales actores públicos y privados del país, aportando con soluciones que colaboren en el progreso y bienestar de los chilenos en un manifiesto compromiso ético con el desarrollo del país, en un esfuerzo continuo por detectar las necesidades de la sociedad civil y proponer posibles respuestas a ellas.

El trabajo académico conjunto de profesores y estudiantes debe estar orientado a la búsqueda de diagnósticos, respuestas y soluciones iluminadas por el sentido de esperanza y trascendencia que otorga la fe, a los principales problemas que preocupan y aquejan a la sociedad en su conjunto, brindando un permanente testimonio de la misión que anima a la universidad.

La UC debe, asimismo, reconocer, valorar y promover la participación de sus académicos –y de sus estudiantes– en el debate público, de manera que, desde la opinión experta, se aporte al diálogo con la sociedad, con especial énfasis en aquellos temas de fundamental relevancia para la Iglesia y la universidad. En esa tarea, los académicos deben procurar aprovechar todos los espacios de difusión disponibles para que su aporte consiga impactar en dicho debate y –a la vez– enriquecer su quehacer académico con las necesidades del entorno social en que están insertos. Esta retroalimentación alude a ese diálogo bidireccional, que además de aportar al bien común del país, nutra el quehacer de la comunidad UC.

El servicio de la sociedad que nuestra universidad se ha propuesto entregar supone también desplegar todos aquellos esfuerzos para la formación de los futuros líderes del país, de aquellos que, desde las respectivas disciplinas y ámbitos del quehacer humano, habrán de encauzar las respuestas a las múltiples inquietudes de la sociedad y de la persona individualmente considerada. Nuestra responsabilidad social no se agota en la formación de profesionales de excelencia sino que ella va siempre acompañada de una responsabilidad por el “servicio público” y por el cuidado de la “casa común”, en palabras del Papa Francisco.

PREDILECCIÓN POR LOS MÁS NECESITADOS

El Evangelio nos muestra que un signo claro de la llegada del Reino de Dios que Jesús proclama es que se anuncia la Buena Noticia a los pobres (Lc. 4, 18). Por otra parte, los documentos del Episcopado Latinoamericano desde Medellín, pasando por Puebla, Santo Domingo y Aparecida, nos llaman a todos a tener una opción preferencial por los pobres.

La UC, como parte activa en la misión de la Iglesia, en su propia actividad académica, también hace visible la llegada del Reino de Dios en su preocupación por los más pobres.

Esta opción preferencial por los pobres debiera tener, al menos, las siguientes consecuencias:

Una selección del alumnado con talento académico que, en la perspectiva de lo que se ha hecho en estos últimos años, aumente, sin restringir la calidad, la inclusión de sectores que por condiciones socioeconómicas no están en posición de ingresar a la universidad vía admisión regular. Debe robustecerse, ampliarse y destinar recursos a los actuales proyectos como el programa Talento e Inclusión.

A partir de la libertad académica en los proyectos de investigación, la UC debiera fomentar de manera especial todos aquellos proyectos que tienen una mayor incidencia en la movilidad social o que intentan más directamente solucionar los problemas de pobreza y marginación en la sociedad. Se debería favorecer e incentivar las investigaciones que vayan en la línea de lograr la superación de la pobreza y la dignificación de las personas en nuestro país, como en los países en desarrollo. Debería reflexionarse tanto en las Unidades como entre los profesores sobre esta dimensión de nuestras investigaciones, conscientes que la preocupación por los pobres no es de un asistencialismo inmediato, sino de solución de problemas en el mediano y largo plazo con seriedad académica.

Dentro de la UC debería haber un estilo de gestión y de convivencia sencilla y fraterna, que permee a todos los estamentos y que fomente una forma de vida que refleje la opción por los más pobres propia del Evangelio. El cristiano ve el rostro de Cristo en cada pobre. Esto significa que se educa la sensibilidad hacia el hermano en la forma del trato diario y, sobre todo, en que no pasen inadvertidas las necesidades de los demás. El clima laboral y académico debe ser lo suficientemente solidario como para que no haya “invisibles” en la comunidad universitaria. El estilo de vida tendría que marcar en esta sensibilidad.

La formación profesional de los estudiantes ha de estar marcada por la dimensión social de las diferentes carreras que se imparten. Desde la particularidad de cada carrera y programa, los directivos y académicos deben procurar formar a los estudiantes en una especial sensibilidad por los más necesitados en el propio ámbito de sus respectivas profesiones. Esto se refleja en los *currículums* y en las actividades formativas. Es importante fomentar una reflexión sobre esta dimensión social de cada disciplina. Cada disciplina tiene su socialidad. ¿Cómo cultivarla? No de un modo externo, se trata de reflexionar al interior de la disciplina, desde sus conceptos y sus prácticas, teniendo presente como interlocutor al necesitado en un sentido amplio.

Debiera profundizarse en la universidad en el término “pobre”, sinónimo de “desvalido” o de “necesitado”. El término, a menudo adolece de una acepción economicista y además expresada solo en mediciones (índices de pobreza o extrema pobreza). Es importante rescatar un concepto cualitativo, fenomenológico del pobre, obtenido a partir de la experiencia, tal y como ha venido desarrollando, por ejemplo, el programa Puente. La pobreza económica es solo un caso particular, por urgente que sea. La pobreza es pobreza de vida, en suma, pobreza de ser.

PASTORAL EN LA UNIVERSIDAD

Un lugar central dentro de la propuesta católica en el mundo de la educación superior lo ocupa la Pastoral, siendo ésta un modo concreto por el cual la fe está presente de manera vital en el quehacer de la comunidad educativa formando parte nuclear de su proyecto y estructura.

En el contexto de la universidad, la Pastoral es entendida conceptualmente como aquella actividad “que ofrece a los miembros de la comunidad la ocasión de coordinar el estudio académico y las actividades paraacadémicas con los principios religiosos y morales, integrando de esta manera la vida con la fe” (ECE N°38), concretando la misión de la Iglesia en la universidad mediante la evangelización de la cultura, la vida sacramental, la formación humana integral a la luz de la fe, las acciones misioneras y de solidaridad cristiana. En el horizonte de esta Pastoral está favorecer entre sus miembros un encuentro personal y comunitario con Jesucristo que transforme la vida (cf. DA 343).

La Pastoral universitaria, en cuanto dimensión indispensable para la evangelización de la comunidad educativa, cumple un papel central en la constitución de la identidad institucional, porque está al servicio de gestar una cultura universitaria conforme con el Evangelio y provocar una coherencia vital que exija a la comunidad no solo a educar la fe sino a vivirla de manera orgánica. Pero la Pastoral también está naturalmente al servicio de que el hombre no descarte la cuestión sobre Dios como pregunta esencial de su existencia, preocupándose de que acepte esa cuestión y la nostalgia que en ella se esconde (Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana con ocasión del intercambio de felicitación navideña, 2009), superando la limitación que la razón se impone a sí misma cuando se reduce a lo que puede verificar y abriéndole los horizontes a toda la amplitud que la fe ofrece (Benedicto XVI, Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre de 2006). Por ello, una comunidad educativa “preocupada por promover el carácter católico de la institución debe ser consciente de esta dimensión pastoral y sensible al modo en que ella puede influir sobre todas sus actividades” (ECE N°38).

La Pastoral UC ha desarrollado un modelo original cimentado en el bautismo, con un marcado protagonismo laical, teniendo como horizonte la evangelización de la cultura. Para ello se tiene una estructura flexible, fundada en una multiplicidad de proyectos que le dan vida a la evangelización; con un marcado sello misionero en todos los estamentos; con una impronta de servicio en y desde la universidad; con un permanente ejercicio de diálogo y trabajo conjunto con miembros de otras religiones y con los no creyentes. El desarrollo evangelizador, finalmente, trasciende a la UC porque comprendemos como parte de nuestro servicio público el visibilizar y vivir la fe en la cultura extrauniversitaria.

DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

La identidad católica institucional es un ofrecimiento de sentido y es fuente de inspiración de su actuar. Esto está unido esencialmente a la libertad de conciencia en materia religiosa de todos sus miembros. Significa que nadie puede ser forzado a creer o no creer en contra de lo que su conciencia le indica en materia religiosa, pero, a la vez, toda persona tiene ansia de la verdad y su vida es una búsqueda de esa verdad que fundamentalmente es la vocación divina del ser humano creado a imagen de Dios y llamado a participar de la vida divina.

El diálogo interreligioso, siendo un diálogo entre creyentes de varias religiones, convencidos de la verdad de sus respectivas creencias, es muy importante ya que establece un puente de contacto sobre los contenidos y las consecuencias de sus convicciones religiosas buscando, a la vez, una comunión en la vida y quehacer universitario. Esto evita las tensiones, ayuda al trabajo en común y evita el prejuicio y la discriminación. La comunión se realiza a partir del respeto y de la verdad, y se basa en el común derecho y obligación de buscar el bien común y la verdad del ser humano.

La comunidad universitaria es un lugar del todo apto para el diálogo interreligioso, en donde toda persona no cristiana se sienta respetada en su propia opción de sentido y religiosa, donde se respeten los valores de la fe, se sienta en consonancia con la identidad de la institución y tenga la posibilidad de influir positivamente en la marcha de la UC. Este diálogo interreligioso nos invita profundizar en el concepto de persona humana en su entorno social y ambiental.



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Miembros de la comisión redactora de este documento

Francisca Alessandri C.
Patricio Bernedo P.
Cecilia Bralic E.
Francisco Claro H.
Juan Enrique Coeymans A.
Ricardo Couyoumdjian B.
Luis Flores H.
Erika Himmel K.
Bárbara Loeb L.
Pedro Morandé C.
Flavio Nervi O.
Marisol Peña T.
Rodrigo Polanco F.
Francisco Rosende R.
Juan de Dios Vial C.
Rafael Vicuña E.